

## Presentación de “Carta a Andrea” y “Bajo la mirada de Jesús”.

En una reciente entrevista al Decano de la Facultad de teología de la UPSA, éste manifestaba que en décadas anteriores tuvimos en España una teología llena de riqueza y luminosidad, pero que ahora pasábamos por una crisis de luz honda, aunque se sigan dando respuestas pastorales al momento presente para la actividad apostólica y eclesial.

Lo que hoy ofrecemos aquí con los títulos “Carta a Andrea” y “Bajo la mirada de Jesús” no es sólo una teología de hondura, ni sólo una respuesta pastoral, aunque son ambas cosas a la vez, sino una iluminación sapiencial para esta hora de la Iglesia y de la sociedad. Estamos en un tiempo, que más que de recetas pastorales, necesita volver a las fuentes bíblicas, teológicas y de la espiritualidad mística, que den claridad al camino tan crucial que vivimos en este inicio del tercer milenio.

La demanda de espiritualidad es cada vez mayor en las nuevas generaciones. No son las recetas pastorales, ni los programas formativos lo más requerido, sino lugares de silencio, oasis de agua viva en este desierto por el que atraviesa la sociedad occidental. Es en el desierto donde más se desea el agua viva. Y detrás, siempre, de las búsquedas del hombre, está la invitación de Jesús: “venid y lo veréis”, para “estar con Él” una jornada que encienda el corazón y sacie la sed.

La teología de Marcelino, a medida que pasan los años de su tránsito pascual, aquel 23 de julio de 2016, se vislumbra como una teología mística, que ayudará a un renacer de la humanidad en esta época de nihilismo, de post-humanismo y de la inteligencia artificial. Una mística que ayuda a acoger al hombre en su grandeza, aupado sobre los hombros del Hijo, el hombre nuevo, encarnado, crucificado, resucitado y sentado a la derecha del Padre. Y en este tiempo del postconcilio eclesial del Vaticano II, iluminado por la potente luz de los teólogos de aquel magno acontecimiento, verdaderos gigantes, que nos siguen prestando su mirada para conocer la altura y la anchura del horizonte que han oteado, anclado en la profundidad de la tradición y del dialogo con la modernidad.

Pero ahora, en un momento de gran oportunidad como éste, donde la Iglesia se ve abocada a la *kénosis* de su Señor, a la inmovilidad del envejecimiento de sus miembros, a la inutilidad en el juego de la postmodernidad, a la insignificancia frente a los constructores del mundo, al oscurecimiento de no ser tenida en cuenta, e incluso al abandono y al olvido, es el tiempo, no de las recetas pastorales, sino de la mística, donde somos “situados” no con nuestra mirada o nuestros análisis, sino *dejándonos mirar por el Señor* y asociándonos al camino de la cruz gloriosa, como un canto pascual permanente.

Los dos documentos que ofrecemos hoy de Marcelino Legido, son la propuesta de un camino místico, lleno de luz, ternura y hondura. Él decía que aunque haya sido escrito al principio del siglo, lo veremos realizado en la segunda mitad del siglo XXI. O más adelante todavía.

Las HH. Angélicas, verdaderas hermanas para él, son un grupo de mujeres del servicio doméstico, reunidas por el P. Nieto SJ, en la década de 1960, constituidas como Pía Unión, para el servicio de los sacerdotes, y de la extensión del Reino de Dios. Marcelino tenía dos gracias que el Señor le concedió, y él cultivó, que eran: una, dedicar su amplia sonrisa y su cercanía en corazón y vida a los más pobres de los pobres; otra, tener ojos para valorar y amar los carismas más pequeños y ocultos como el de este grupo de mujeres de vida consagrada (Cf. PO 9). Él hizo camino con ellas durante muchos años, pero jamás fue gravoso para ser atendido como un servicio de asistencia a su persona; siempre fue “un hermano entre hermanos” que supo

destacar el “perfume evangélico” de la vida de ellas, lo valoró, lo alentó y lo puso bien alto en la fraternidad apostólica de las comunidades rurales.

Esta hermosa aventura escondida del evangelio, la Pía unión de las HH. Angélicas, la calificaba él como “sencillas amapolas”, que por un tiempo dan color, y después desaparecen, para que se vea que su fuerza no proviene de ellas, sino del que las llamó y hermanó. Este escrito, de su puño y letra enviado a Rosa (otra de las hermanas), con sus dibujos de las amapolas, bajo la mirada de Jesús, simbolizado en un sol que nace de lo alto, que termina en el fuego eucarístico, y con algunos dibujos del libro “Evangelio a los pobres”, en un corta y pega, es una parábola preciosa de la situación actual de la Iglesia.

Al menos en Castilla, ¿cuáles son los lamentos más frecuentes en las reuniones eclesiales? ¿Qué puedo hacer yo solo en lugar despoblado? ¿Puede hacerse algo en un rincón con comunidades tan pequeñísimas? ¿Y si nos alcanza la falta de respuesta y la inutilidad de nuestras propuestas? ¿Qué podemos hacer ya con nuestra edad? ¿Si son solo dos o tres los que responden merece la pena tanto esfuerzo?... Estas preguntas podemos hacerlas en el medio rural despoblado, porque es más evidente la pequeñez. Pero ésta no es menor en la ciudad, en las convocatorias de los jóvenes, en el grupo de catequistas, las familias, los voluntarios de caridad, el tiempo libre... La respuesta a nuestras iniciativas eclesiales es cada vez menor tanto en el mundo rural, como en el urbano. Y si tratamos de valorar nuestra eficacia, entonces nos derrumbamos. Miremos, como sencillo ejemplo, a la vida contemplativa, donde el cierre de muchas comunidades y el escaso número de las que se mantienen, nos llena de tristeza y nos lleva a pensar en una vida de balde... y hasta estéril. Y esta realidad no es solo de aquí sino de toda la Iglesia del territorio europeo. ¿Hay respuestas pastorales para esto? ¿Valen unas propuestas de acomodación del evangelio a las demandas del progresismo cultural? ¿Son acertados los movimientos para perpetuar la Iglesia del barroco, recuperando toda su pompa litúrgica, y con una fe que va poco más allá del sentimiento religioso que no me desestabiliza ni hace peligrar mi puesto en la vida?

Marcelino pidió al Señor que lo asociara a su cruz gloriosa. Y el Señor se lo concedió, aunque no como él pensó que iba a suceder. Por pura gracia de Él, y por el abandono hasta la locura de amor de Marcelino en Él, vivió lo que aquí propone como camino místico para la Iglesia del futuro. Estos escritos son el comentario sapiencial en el momento actual al vaticinio del joven Joseph Ratzinger a lo que iba a ser la Iglesia del futuro (Conferencia radiofónica de 1968). Leer el documento “Bajo la mirada de Jesús”, y la “Carta a Andrea”, es entrar al camino de espiritualidad que el Señor va a conducir a su Iglesia en este tiempo, que ya quedó descrito en los documentos del Concilio Vaticano II antes, incluso, que el propio Papa Benedicto XVI lo dijese, de “amarga soledad y aparente esterilidad” (PO 22). Se trata de entrar al tiempo de la radical mirada cristológica: dejándonos mirar y amar por Él. *“Sólo Él. Sólo su Amor. Sólo su Cruz. Sólo su Fuego. Nos basta el pan suyo sobre la mesa. Nos basta la eucaristía para vivir. Dejarlo todo en sus manos. Y nosotros, tan solo ansiar compartir su muerte de amor por los hermanos en el aliento del Espíritu Santo (Filipenses 3,7-15) (Bajo la mirada de Jesús, p 4).*

¿No nos conducirá el Señor en esta nueva etapa de la aplicación del Concilio Vaticano II a esta espiritualidad honda? Creemos que hubo una primera etapa de honda teología; y una segunda etapa de respuestas pastorales diversas, algunas catalogadas “como primavera de la Iglesia” por el mismo San Juan Pablo II, pero que no pocas veces al apropiarlas, han llevado al debate y combate intraeclesial, donde unos y otros queremos apuñar la gracia, incluso desde posiciones de flirteo político.

¿No será esta, la actual, una tercera a la que podemos llamar la etapa de los santos? ¿De los orantes? ¿De los buscadores de Dios? ¿No será esta la etapa de aplicación del Concilio por el camino de la mística y de la sed de Dios? Ellos y ellas, los santos, siempre han hecho una síntesis, en su existencia, de acoger la Palabra y la teología, de insertarse con extraordinaria lucidez y simpatía (San Pablo VI) en la cultura de la sociedad, y marcar un camino inédito pero lleno de claridad, que ha pasado, en no pocas ocasiones por la incomprensión, el rechazo, y sobre todo la cruz y las noches del sentido y del espíritu.

Las amapolas, hoy, no florecen en lo más granado del sembrado, sino en las cunetas, en los bordes de los caminos, fuera del debate y del combate. Los márgenes son también una forma de estar insertos en la historia y en la cultura actual. Es el lugar más querido por el Padre en el largo camino histórico salvífico a través de los siglos, “porque es eterna su misericordia”.

Ofrecemos, para concluir, este bellissimo texto, que, nos atrevemos a predecir, será muy citado en el futuro y que vivió a fondo Marcelino:

*“Nosotros ahora vamos estando ya marcados por las marcas del dolor y avanzamos por las estaciones del viacrucis. La pasión de amor por el trabajo, en favor del reino del Señor, pudiera despistarnos un poco. El gesto de la cruz, es más grande que el gesto de los caminos. Sus manos heridas llevan a plenitud sus manos abiertas. Por eso no debemos inquietarnos, si no podemos trabajar como antes, de la mañana a la noche, de acá para allá. Bien sé ese deseo tuyo de llenarte del Señor y salir corriendo por el mundo, para pregonar el evangelio y que “todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”. Cuando nos llega el viacrucis, no es que abandonemos este camino, sino que lo recorreremos más deprisa y llegamos más lejos. Cuando el Señor tuvo los pies enclavados, recorrió el universo. Cuando tuvo las manos heridas, abrazó a todos los hombres. Cuando sus labios no podían hablar, pregonó el evangelio hasta los confines de la tierra y de los siglos. Cuando su corazón fue traspasado, apareció el manantial inagotable, el hogar ancho, para todos los desgraciados y todos los afligidos. Por tanto, hemos de alegrarnos cuando nos aproximamos al monte calvario. A la sombra de la cruz, en el aliento del Espíritu Santo, que es el mismo en El y en nosotros, pasarnos a esas manos heridas, a su bendita voluntad, para darnos juntamente con El, “hasta la muerte y muerte de cruz”. Así acabaremos aceptando con paz y gozo la inmovilidad, la inutilidad, la insignificancia, el oscurecimiento, incluso el abandono y el olvido. Estaremos cerca del que nos amó y él será nuestra única suficiencia y nuestra entera bienaventuranza”.*

Marcelino Legido. Carta a Andrea, p. 6. Julio 1994.

*José Vicente Gómez y Tomás Durán.  
Sacerdotes diocesanos de Salamanca.  
23 de julio de 2025.*

*Noveno aniversario de la travesía pascual de Marcelino Legido.*